

# Encuentros con García Márquez

Marco Tulio Aguilera Garramuño

**Bogotá.** Mi primer encuentro (habría que llamarlo choque) con García Márquez fue a fines de 1975, en el local de la revista *Alternativa*, en Bogotá. Recuerdo que algunas secretarías se asomaron a una ventana. Alguien gritó: ¡Ahí viene el Patriarca!

Don Gabo entró apresuradamente, saludó como si viniera de Olimpia, y se sentó tras un escritorio. Alguien me presentó:

—Garramuño, un muchacho que acaba de publicar una novela en Buenos Aires.

Tras darle la mano a mi héroe, le dije:

—No me gustó *El otoño del patriarca*.

Se echó hacia atrás en la silla ejecutiva y casi sin mirarme (Gabo tiene o tenía una forma de mirar que nunca daba en el objetivo: sus ojos se paseaban por los alrededores, con la típica paranoia del perseguido), dijo:

—Pues si no te gustó es que no sabes nada de literatura—. Digna respuesta a una pregunta (o agresión) menos diplomática que un baile de elefante en una tienda de porcelanas. Luego me habló de los estudios que habían hecho sobre su obra en Europa, de los grandes críticos que la habían alabado, de maravillosos lectores. (Años más tarde, en Jalapa me enteré que Gabo nunca lee lo que se escribe sobre sus obras o su persona. “De bribones es ser modesto”, escribió Goethe; “Es fácil ser modesto cuando se es grande”, comentó Sábato. Yo estoy de acuerdo con los dos. En realidad, yo estoy de acuerdo con todo el mundo. Ya llegué a la conclusión de que es fácil tener la razón cuando se sabe que la verdad no existe).

Como respuesta a la afirmación de que yo no sabía nada de literatura saqué de mi anciano maletín de cuero un ejemplar de *Breve historia de todas las cosas* y se lo dediqué: “Para Gabriel García Márquez, a quien pienso matar”. (Nótese que mi vocación de asesino no es oportunista. Ya tenía todo planeado desde 1974). Claro que luego agregué: “... matar literariamente” (Lo dije, por si alguien menos metafórico que yo asesinaba a Gabo y un detective encontraba el libro y yo terminaba en la cárcel por gracioso).

Gabo tomó el libro en sus manos (era un libro muy bonito, publicado por Ediciones La Flor de Buenos Aires, con carátula como de cómic, en la que se veía una caricatura de Fontanarrosa), le dio dos o tres vueltas, luego leyó la juguetona y muy comercial contracarátula que Daniel Divinsky —el editor— había inventado para vender fácilmente la novela. Decía, literalmente, que *Breve historia de todas las cosas* era superior a *Cien años de soledad*. Pero los tiempos en Argentina no estaban para *best sellers* a la fuerza —eran los días de la más violenta represión militar, allá por 1975— y la edición caminó con lentitud. Luego tomó vuelo, principalmente en Costa Rica, donde le dieron el Premio Nacional “Aquileo J. Echeverría” y en Colombia donde consiguió algunas buenas críticas. Se agotó la primera edición. Y entonces nació una tradición que se ha perpetuado hasta hoy: cada vez que una editorial quiere promover a un escritor, utiliza a García Márquez como gancho: “X es sin duda el más talentoso heredero de García Márquez”. Hasta la fecha, que yo recuerde, se ha nombrado a una veintena de seguros herederos de García Márquez: William Ospina, Tomás González, Jorge Franco, Juan Gabriel Vásquez, y un largo



Pedro Ruiz. *Costa pacífica*. Acrílico sobre madera. 41.5 x 37.5 cm. 2009. Del proyecto Oro: espíritu y naturaleza de un territorio

etcétera. Yo tuve el deshonroso honor de ser el fundador de esta deplorable tradición más publicitaria que literaria.

Pero estábamos en el punto en que García Márquez tomó la novela y le dio dos o tres vueltas. Luego dijo:

—Eres muy joven—. Y desapareció tras una puerta. Una hora más tarde, regresó. Dijo haber leído un par de capítulos y comentó:

—Se puede leer tu novela.

A partir de entonces, habiendo visto a Gabriel apenas unos veinte minutos, su imagen comen-

zó a girar sobre mi imaginación como un buitre y comencé a leer noticias sobre su ubicuidad y sus propiedades milagrosas: que había dicho en Madrid que las vacas marinas son parientes de las terrestres; que en Milán se le torció un pie; que en Ciudad de México practicó el boxeo en la vía pública con otro famoso escritor de dientes grandes y saludables; que había dejado de fumar tras hacer una ceremonia en la que enterró los cigarros en el traspatio de su casa; que en su mansión de la Calle del Fuego, Colonia Pedregal de San Ángel, había criados con librea; que era abstemio de todo lo que no fuera champaña y asceta de todo lo que no fuera caviar; que quién quita y de pronto se lanzaba a la presidencia de Colombia; que mejor no. En fin.

Con el paso del tiempo escribí algunos artículos en los que trataba de desmontar el mito. Recibí algunas cartas de la costa colombiana felicitándome, reiterando el epíteto de megalómano, agregando los de vanidoso, envidioso, resentido, oportunista, escritor de patotilla. Llegaron cartas de París, todavía más insultantes. (Un artículo en dos entregas se titulaba: “Aguilera Garramuño manda huevo”. Mandar huevo significa en Colombia lo mismo que “es el colmo”).

En fin. No tenían sentido del humor. El santo de más rating en la literatura colombiana era intocable. Por otra parte comencé a sentir que era inútil tratar de pordebajear a mi héroe. Mientras más reflexionaba sobre lo que creía sus debilidades humanas, más crecían las dimensiones de su literatura. Escribí en contra del mito, en contra de la indigestión verbal que me causó *El otoño del patriarca* y, finalmente, a favor de los novelistas colombianos que permanecen en la oscuridad suscitada por el resplandor de *Cien años de soledad*. En 1980 presenté una ponencia en el Centro de Investigaciones Lingüísticas y Literarias de la Universidad Veracruzana, en la que intentaba demostrar que existía una vigorosa novelística colombiana después de *Cien años de soledad*. En esa ponencia reiteraba la necesidad de asesinar a García Márquez. Digo, asesinar el mito y superar los complejos.

Muchos años después, cuando supe que el Papá Grande estaba en el Hotel Xalapa, decidí buscarlo. Pero, por si acaso, opté por ir desarmado.

—¿Está Gabriel García Márquez?— pregunté en la recepción bajando la voz.

—Gabriel ¿qué?... A ver.

Me dieron el número de su habitación, pero nadie respondió al llamado telefónico. Me senté en un sillón estratégico, le hice un orificio al

periódico de camuflaje y esperé. Súbitamente, el periodista Armando Rodríguez Suárez —ya en otro plano de existencia— me dijo, como quien señala a Superman en el cielo:

— Ahí va.

Iba seguido por dos o tres personas. Caminaba apresuradamente y los otros semejaban pollos tras el gallino mayor. Alguien lo detuvo antes de que bajara la escalera. Lo alcancé y, optimista, le tendí la mano.

— Quihubo.

Me miró como se mira a un vendedor de enciclopedias.

—¿Se acuerda?... Marco Tulio... Aguilera... Garramuño... Alias Alimaña... ¿Se acuerda?

—¡Claro! —dijo estrechándome la mano con flojedad, a la manera en que lo hacen quienes temen que les pongan un par de esposas en torno a las muñecas.

Era obvio que no se acordaba de mi ilustre cara.

— El de *Breve historia de todas las cosas*...

— Ah, sí —murmuró distraído, ajeno por completo a mi entusiasmo.

— Escritor colombiano...

Finalmente pareció detenerse, plegó las alas y adoptó su personalidad de Clark Kent. Dijo:

— Ahora sí me acuerdo. El de la novela de todas las cosas. Tenemos que hablar.

Pero ya se había acercado una periodista, Rosa Elvira Vargas. Gordita por entonces y agresiva, bastante joven, le llenó los ojos y lo hizo retornar a su personalidad de superhéroe.

—El problema, Marco Tulio, es que tengo un compromiso con esta potranquita. Me comprometí a responderle unas preguntas. Pero voy a estar al lado de la piscina. Te espero dentro de 15 minutos.

Cumplidos los 15 minutos, me acerqué. La compacta y bien dotada periodista, todo un espectáculo de coquetería enfilando sus baterías contra aquella pieza de caza mayor, me miró con el recelo con que mira un niño comiendo pastel. Un niño que teme que le quiten la mitad de su pastel. Cinco o seis periodistas, apostados estratégicamente — tras la vidriera de la cafetería, fingiendo leer diarios en sillas cercanas, disfrazados de agentes de la CIA — tuvieron un movimiento de rebelión. Era evidente que estaban haciendo fila y que yo me había colado por delante de varios.

—La entrevista es para la potranca — dijo García Márquez con dureza.

—No vengo a pedir nada ni a hacer entrevistas — dije levantándome de la silla.

Le di la espalda y comencé a alejarme.

—Ven acá, cabrón. No pareces cachaco —. Estaba sonriendo y me tomó del brazo.

—Mira, estoy cumpliendo un compromiso. Mañana vienes a las ocho de la noche y cenamos juntos.

**En Xalapa.** Cuando entré al hotel Xalapa al día siguiente, Gabo estaba saliendo en su auto. Al verme se detuvo y abrió la puerta trasera del vehículo. Adelante iba Mercedes, su esposa; atrás, uno de sus hijos, grandote, de overol, con cámara en bandolera. Abrió la puerta trasera de su auto:

—Entra — dijo.

Un fotógrafo estaba frente al auto y no le permitía avanzar.



Pedro Ruiz. *Catleyas*. Acrílico sobre madera. 41.5 x 37.5 cm. 2009. Del proyecto Oro: espíritu y naturaleza de un territorio

—Don Gabriel, usted me prometió posar dos minutos.

—Dije que a las siete y cuarto, y ya son las ocho.

—¿Mañana?

—Mañana me voy a Veracruz.

El auto avanzó diez metros. Un grupo de muchachos alzó las manos pidiendo que se detuviera. Gabo frenó.

—¿Sí?

—Traemos unos libros para que los firme.

Todos abrieron sus maletines y fueron pasando cada uno cinco o seis libros.

Con gran paciencia, diríase con felicidad, Gabo estacionó y comenzó a firmar. Y no lo hacía como Onetti, quien apenas escribe: “Para XX, atentamente”, sino que desgranaba un buen párrafo y se detenía a reflexionar antes de escribir. Mercedes, mientras tanto, se acomodaba en el asiento delantero y ocultaba con la tradicional cortina de humo su impaciencia. Los

muchachos, uno a uno, estrecharon la mano de Gabo.

Nos dirigimos al Hotel María Victoria. Puesto que estábamos en pleno congreso de revistas literarias y en medio del homenaje a Onetti organizado por Jorge Ruffinelli y el Instituto de Investigaciones Literarias de la Universidad Veracruzana, el *lobby* estaba lleno de celebridades: críticos literarios norteamericanos y de varios países de Hispanoamérica y de Europa.

En cuanto super Gabo hizo su aparición todo se detuvo. La mayor parte de los asistentes lo miraron con disimulo y otros esperaron con cierta desesperación que los favoreciera con un apretón de manos o una mirada de reconocimiento. Pero nada. Gabo entró. Se asomó al restaurante y al regresar dijo:

—Hay mucha gente. Mejor vamos al bar mientras se despeja esto.

Gustavo Sainz, escritor mexicano, estaba en la puerta y García Márquez lo saludó con afecto.

—Quiero cenar—dijo Sainz—, pero hay mucha gente.

—Ven con nosotros —respondió el protagonista—: tomamos algo y luego cenamos.

Ángel Rama y un señor Di Prisco se unen a nosotros.

Ya instalados en una esquina del bar, Gabo se siente a salvo. Nadie lo mira. Comenzamos a hablar. Cuenta sus planes editoriales. Tiene lista la *Crónica de una muerte anunciada*.

—¿Y lo que decías sobre no publicar hasta que cayera Pinochet?

Gabo hace un gesto impreciso.

Yo me atrevo a decir que la literatura y la historia se mueven la una a pesar de la otra. Que

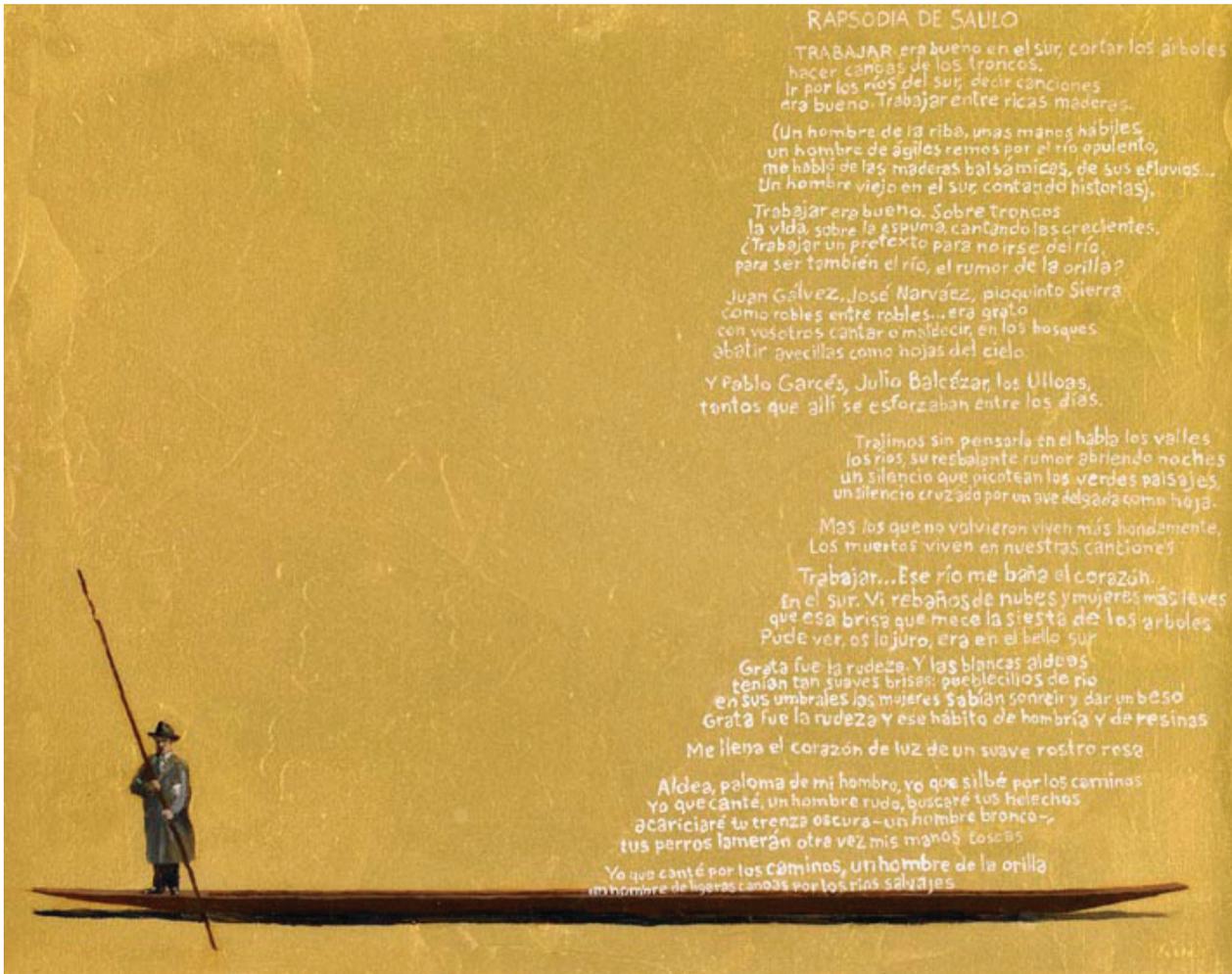
una y otra son implacables porque suceden en planos diferentes. Afirmo que el escritor debe seguir escribiendo y publicando aunque la bomba esté a dos centímetros de su cabeza.

Luego hablamos sobre los nuevos escritores colombianos y sus complejos. García Márquez dice que los escritores se preocupan demasiado por cosas que no tienen relación con la literatura. Que él solamente se ha preocupado por escribir, que jamás ha buscado editor, que jamás hace presentaciones públicas de sus libros, que elude congresos de escritores.

—San Gabriel—digo escéptico. Me siento como un pecador irredento: yo sí me he presentado en público, dicto conferencias, busco editor para mis libros. Incluso a veces les creo a los críticos. Participo en concursos a granel, gano unos cuantos y ello me hace feliz. (Ya en el 2002 tenía algunas comodidades gracias a los premios. Ya no duermo en una tira de hule-espuma colocada directamente sobre el piso, no manejo bicicleta sino Explorer. Gracias a Dios existen los premios y ande yo caliente y...). Sé que Gabo sufrió los mismos avatares de todos los escritores y que sus inicios estuvieron marcados por premios que ahora prefiere olvidar, premios como el Esso de Novela en Colombia, que ganó cuando aceptar algo de una trasnacional norteamericana era un acto de alta traición intelectual.

—Marco Tulio, los críticos son las aves de rapiña de la literatura. Hay que mantenerse lejos de ellos—. Habla con sencillez, poniendo toda la fuerza de convicción que le es posible a sus palabras.

Pero pienso: ahora no estamos lejos de los críticos. Rama y Prisco son de la bandada de esas aves funestas. Hay que justificar esa nefasta cercanía: además de críticos, son amigos. Y, sin embargo, replico: si García Márquez es la figura mundial que es hoy, ello se lo debe



Pedro Ruiz. *Aurelio Arturo*. Acrílico sobre madera. 41.5 x 37.5 cm. 2009. Del proyecto Oro: espíritu y naturaleza de un territorio

no sólo a la calidad de su literatura, sino a la multitud de aves depredadoras que se han ocupado de él. Por otra parte a Gabo le gustan las entrevistas, en más de una ocasión lo ha afirmado. De modo que no es precisamente el anacoreta que podrían hacer sospechar sus protestas de santidad.

—Nunca leo lo que escriben sobre mí.

—No lo creo — digo.

Mercedes afirma:

—Nunca lee lo que escriben sobre él.

Una venezolana presente — conjeturo, la esposa de Di Prisco — aclara:

—Gabo no lee a sus críticos porque eso le hace mal.

Y, ahora que lo pienso, es posible. Demasiados reflectores terminan por enfermar. Es como cuando uno está en una reunión y todos hablan, bien o mal, pero siempre de la misma persona.

Gabo no se enoja por mi terquedad. Le da risa. Insiste:

—Si los escritores colombianos se olvidaran de mí y se dedicaran a escribir, harían gran-

des cosas. El éxito se gana tras la máquina de escribir.

La frase me parece lo suficientemente valiosa como para tratar de recordarla. (Aclaro: mi intención no era, no es, hacer una entrevista. Todo lo que estoy escribiendo lo recupero gracias a la memoria).

— Ángel Rama dice que la literatura colombiana avanza por construcción y demolición — dice Gabo.

Rama se asombra:

— ¿Cuándo dije eso?

Supongo que es un juego de complicidades entre amigos. El intruso no está en el secreto. Rama trata a Gabo como a un hermano menor. O como a su hijo.

— Muchos encuentran que yo he influido en varios escritores colombianos. Pero cuando yo los leo no me parece. Esos son inventos de los críticos.

La verdad es que la sombra de Gabo planea como un fantasma a la espalda de todo cuanto se hace en el campo de la literatura en Colombia. Todos los grandes premios que se han otorgado en los últimos tiempos se atribuyen a la influencia de García Márquez. Se dice que sus llamadas determinan que se premien las obras de Alba Lucía Ángel, Plinio Apuleyo Mendoza y otros. A mí me agradan las murmuraciones y los chismes. Por eso los registro. Son más sabrosos y a veces más objetivos que las noticias oficiales. Recientemente, en *El Espectador* alguien me regañó por esa tendencia a hacer del chisme historia. “Allá Marco Tulio”, escribió el editor de la primera entrevista que le hice a Gabo y que publicó ese diario en su suplemento dominical. El editor me advertía del peligro de traficar con especies en las que estaban involucradas las transnacionales de la literatura.

— La crítica no sirve para nada — dice García Márquez.

Por fin Sainz abandona su mutismo:

— Si no hubiera sido por los críticos ahora las páginas de los libros más importantes nos servirían para envolver carne o limpiarnos el *derriere*.

Volvemos al tema de la literatura colombiana. Hablamos sobre Gustavo Álvarez Gardeazábal, uno de los rebeldes contra el mito García Márquez; hablamos sobre la novela *Años en fuga*, de Plinio Apuleyo Mendoza.

— Me gustó *Años en fuga*: es la novela de la desesperanza — dice García Márquez.

Ángel Rama tercia:

— Pues a mí me parece algo entre novela de aeropuerto y breviario de confesiones eróticas.

Yo opino que es una novela excelente. Bien emparentada: Henry Miller, Proust, D.H. Lawrence, Cortázar. Y sin embargo — aquí está uno de sus méritos grandes —, muy colombiana, muy cuestionadora de eso que podríamos llamar de manera optimista la esencia de lo colombiano.

García Márquez parece conocer todos los libros de autores colombianos, incluso los más recientes. Dice que recibe casi todos los diarios que se editan en Colombia.

Un hombre que ha estado mirando insistentemente hacia nuestra mesa se echa un trago y decide acercarse:

— Soy un admirador jalapeño y no aguanté las ganas de saludarlo.

Gabriel sonrío feliz y le estrecha efusivamente la mano. Dos muchachos, impulsados por el ejemplo del precursor, se acercan con un par de servilletas.

— ¿Nos podría dar un autógrafo?

— Claro.

La conversación sigue adelante. Gradualmente voy entendiendo que García Márquez no ha dejado de ser un costeño típico —“No es sino una negra con balcón”, dijo un escritor amigo, de esos que no lo quieren, y quien una vez, cuando se lo encontró en un elevador cara a cara fingió no reconocer a Gabo—. García Márquez es un costeño pulido por los viajes, las ceremonias y las penas propias de esa dama ambigua que es la fama: guapachoso, bromista, mamagallista, con el sentimiento de superioridad que le proporciona el saberse el escritor más querido del mundo. Y, sin embargo, como todo héroe que se respete, defiende las que considera las fuerzas del bien. Viste pantalón y chamarra de mezclilla. No necesita escudo bajo la camisa, ni traje y corbata, porque su rostro se ha transformado en una heráldica que simboliza lo mejor de la literatura latinoamericana. Su tono, aunque ligeramente autoritario, no deja de ser amable. Pero su amabilidad es como la de la princesa de Guermantes cuando se dirige a ese chico delicado que se llama Marcel Proust y se dice escritor.

(Hace poco un amigo poeta me hizo comprender la diferencia que hay entre vanidad y pedantería. El vanidoso es ingenuo, inseguro, tolerable. Necesita que los demás hablen de él para convencerse a sí mismo de que vale. El pedante no necesita la aprobación de nadie porque está seguro de su valía. El pedante está seguro de sí mismo y por eso es intolerante e intolerable. Lo más divertido de los seres humanos son sus debilidades. Los perfectos deben —debemos— ser muy aburridores... Es una broma, claro. Pero, ¿será en realidad una broma o una enfermedad?).

García Márquez no es ni pedante ni vanidoso, aunque está más cerca de la pedantería que de la vanidad. Nunca —hasta donde lo he podido



Pedro Ruiz. *Islafuerte*. Acrílico sobre madera. 41.5 x 37.5 cm. 2009. Del proyecto Oro: espíritu y naturaleza de un territorio

escuchar — cede en una discusión. Parece que ha hallado la verdad y la razón. Gabo cree en sí mismo sobre todas las cosas:

— Cuando uno escribe, tiene que creer que va a escribir algo mejor que *El Quijote*. Si no, no tiene caso escribir.

Yo estoy de acuerdo. Por eso estoy convencido que llegaré a escribir una novela no superior sino tan valiosa como *Cien años de soledad* y también estoy seguro que algunos de mis cuentos no ceden en calidad a los de Gabo. ¿Pretensión? No. Optimismo. (Ya siento llover piedras. No importa. Tengo como paraguas mi disciplina y los cinco mil metros planos que corro todas las mañanas. Anoto que el asunto de los cinco mil metros es cosa del pasado. Ahora, —2017, a los sesenta y siete años de edad— me conformo con entrenar natación cinco días a la semana y competir en los campeonatos máster de México. En una entrevista reciente que me hicieron a partir de la aparición de mi novela *El amor y la muerte*, dije: Si Gabo aspira a escribir mejor que Cervantes, ¿por qué no voy yo a aspirar a escribir mejor que Gabo?).

Gabriel me pregunta qué voy a hacer con mi vida. Si voy a seguir dando vueltas por ahí, sin regresar a Colombia, donde está mi lugar.

—No sé qué voy a hacer en mi vida —digo (pero eso fue en 1980, es decir, hace 37 años: hoy sí sé que voy a hacer con mi vida: estoy casado, tengo dos hijos y por lo pronto lo que debo hacer es ganar dinero para sacar adelante este asunto de la familia). La literatura se va dando por añadidura.

Gabo me aconseja que regrese a Colombia. (Eran los tiempos en que regresar a Colombia resultaba recomendable.) Me cuenta su desarraigo. Ya no se siente ni colombiano ni mexicano ni nada.

—Hay un momento en que el cordón umbilical se rompe. Después ya es imposible soltarlo.

Ángel Rama interviene:

—No le hagas caso. Vete a Europa.

De nuevo pregunta sobre mis planes:

—¿Y de la literatura?

—Espero publicar un libro de cuentos en 1981. Se llama *Aves del paraíso*. (Finalmente no lo publiqué en 1981 sino en 1983, y se llamó *Cuentos para después de hacer el amor*. Tras ese vino *Cuentos para antes de hacer el amor*. Ya anuncié *Cuentos en lugar de hacer el amor*. Falta que cumpla).

—No te preocupes por publicar. Escribe, escribe, escribe.

—Eso es lo que hago. Hasta veinte páginas diarias.

Gabo se dirige a Rama:

—Dichosa edad en que se pueden escribir veinte páginas diarias.

Mercedes interviene:

—Ahora un libro de 130 páginas le cuesta a Gabito más de diez años de trabajo.

Mercedes reafirma que Gabo no fuma, no bebe.

—No bebo por costumbre, pero cuando bebo me tomo varias botellas de champaña. Me doy mis gustos —dice—: desde Rusia mandan caviar. Ya no fumo. Llegué al punto de abrir la cuarta cajetilla de cigarros. Entonces decidí abandonarlo.

Luego le relato una de las tantas historias que he escuchado sobre los mitos que se tejen en torno a él. Cuando Gabo decidió dejar de fumar, convocó a varios amigos como testigos. Hizo un hueco en el jardín y allí enterró los cigarros. Luego colocó una cruz sobre la tumba del vicio.

La historia le causa gracia:

—Me han inventado una cantidad de historias. Dicen que puedo estar a la vez en Roma, Madrid y Bogotá.

—¿Y qué estás escribiendo? —pregunta Gabo.

—Tengo una novela sobre Cali, que se llama *Cínicos y bellos*. También estoy a medio camino de una novela que se desarrolla en Monterrey. (La primera sigue inédita. La segunda salió editada con el nombre de *Paraísos hostiles*).

—Ojalá no comiences a publicar basura.

Lo malo es que si no publico la basura, esta se acumula en mi casa.

Esto no lo digo, ni siquiera lo pienso. Solamente se me ocurrió ahora que recontraescribo estas notas.

García Márquez se asoma al restaurante del hotel. Al estar cerca de la mesa del bar, dice:

—Ya podemos ir a comer. El restaurante está casi vacío.

Ángel Rama preside la mesa. A mí me toca al lado de Mercedes y Gabo. Sainz y Di Prisco es-



Pedro Ruiz. *Maloca*. Acrílico sobre madera. 41.5 x 37.5 cm. 2009. Del proyecto Oro: espíritu y naturaleza de un territorio

tán al frente. Converso con la esposa de García Márquez sobre los viajes a Viet Nam, sobre el viento frío de Nueva York, sobre las chicas de una boutique en París. Gabo y Rama se enzarzan en una discusión sobre Cuba. Para García Márquez, Fidel es su hermano y Cuba su hija. Al hablar sobre la revolución, se apasiona.

En fin, al despedirnos, me da su número telefónico en el Distrito Federal.

—No dejes de llamarnos. Es raro — dice Gabo —: todo el mundo cree que siempre tengo invitados, que estoy muy ocupado, y por eso nadie me busca ni visita. Los amigos me tienen miedo.

**Marco Tulio Aguilera Garramuño** es un escritor bogotano residente en México. Algunos de sus libros más conocidos son: *Cuentos para antes de hacer el amor*, *Cuentos para después de hacer el amor*, *El juego de las seducciones*, *Los placeres perdidos*, *Historia de todas las cosas*, entre otros.

El texto aquí publicado es una reelaboración hecha por el autor para la *Agenda Cultural Alma Máter* de un capítulo de su libro *Poéticas y obsesiones. Seguido de Encuentros con García Márquez* publicado por la Editorial Universidad de Antioquia en 2016.